



TEATRO CRITICO

SOBRE JERGAS DE GREMIO E INICIACION EN EL GRAN TRONCO JACOBEO

FERNANDO SANCHEZ DRAGO

Madrid



icen los estudios históricos que en Galicia, y muy especialmente en la provincia de Pontevedra, todos los canteros del país tenían constituida una asociación secreta en la cual se hacía uso de un lenguaje misterioso [...] Denominaban a este idioma *latín dos canteiros* o *verbo das arginas*; y en él transmitían de generación en generación el arte de tallar la piedra, en la cual los obreros gallegos tenían fama de maestros. Por la forma misteriosa que empleaban, fue calificada dicha asociación de masónica» (1).

Morrón: pra cubicar muriar xidavante | da argina, xeres interbar o verbo das arginas | xejorrumeando explicas es deegrase | dadellastadaria e xeras enenvestir moxe xido. || Cando anisques solote polo deundo a | murriar como artina. xera jalrruar toi com- | pinches, o nobis verbo si xeres te or- | meando aprecio, os do gichoficienes e nen- | te de xerian perreamente os lapingos | e buxos. || Xilón, nexo agiote; xilón, nexo chumar; | xilón, nexo esqueirar; xilón, xido cabancar; | xilón, xido entileger; xilón, xido vay, xilón | xido murriar (2). Juro que no es chacota, inocentada o changüí, sino volapuk de canteros y germanía de pontevedreses. ¿Quién fué antes: *Rayuela* o la gallina? Ah, chafarrinones de chanfaina manchando la pechera del chorra charro. Oh, jabatos trasconejados y jodidos por jáquimas, jabalinas o jábegas manejadas por jíbaros con jipijapa enjaulados en jabalcones. ¡Evohé, Javaloyes! Se me esperrigan los putisterios y chafanjardán las jimeigas respondiéndome de que el susodicho párrafo en *verbo das arginas* chanélese como sigue: «muchacho, para aprender bien el oficio de cantero necesitas saber el idioma en el que se explican las leyes de la talla de la piedra. Cuando

salgas solo por el mundo a trabajar como cantero, hablarás con tus camaradas de oficio nuestra lengua, si es que quieres te estimen y no te traten mal los señores y los maestros. Hombre: no serás ladrón. Hombre: no serás bebedor. Hombre: no serás embustero. Hombre: serás caritativo. Hombre serás instruido. Hombre serás veraz. Hombre serás trabajador». Este heptálogo, como las tablas de Moisés, también se conserva *en piedra*. Faltan los tres primeros mandamientos: los referidos a la Divinidad. Lógico. Se trata de un código para andar por el mundo sin descalabros excesivos. La traducción no es mía (3). Nadie me ha enseñado el latín de los canteros, aunque al parecer existió una gramática de tan raro coliche. La tuvo —escrita a mano— cierto clérigo apellidado Vanden, si bien luego desmintió el rumor (con inusitada vehemencia) otro hombre de sotana: Nicolás Bezares, párroco de Morillas.

Todo son misterios en este terreno virgen de la dialectología hermética peninsular. El investigador, algo perplejo, chapotea en viscosos lodazales que ora se le antojan travesuras de Cela, ora macabreces de Pöe (ese gentilicio Vanden...), ora películas de Hitchcock. El manuscrito número 7.209 de la Biblioteca Nacional contiene, entre otras cosas, una carta ológrafa del eclesiástico en cuestión. Dice don Nicolás: «yo atribuyo que este dialecto sigiloso lo habrán tomado de los vizcaínos por ejercer estos provincianos el mismo oficio que los havitantes de esta comarca [...] El método de vida de estas gentes es el siguiente: los varones, cumpliendo quince años poco más o menos, siguen a sus padres, parientes o vecinos para el aprendizaje de canteros y muchos de carpinteros...»(4). El abuso de demostrativos y los errores ortográficos, dignos de Guillermo Brown,

(1) Ballesteros Curiel, Julio.— *Verbo das arginas. Jerga-latín de los canteros*. Pontevedra, 1919, pág. 33.

(2) Ballesteros Curiel, *op. cit.*

(3) Ballesteros Curiel, *op. cit.*

(4) Bezares, Nicolás.— *Latín dos canteiros*, 1843.

más añaden que quitan al encanto literario de esta joya epistolar, fechada seis lustros antes de la Comuna. Nótese la espléndida litote *dialecto sigiloso* y cárguese lo de vizcaíno en la cuenta de una época y un país que —vaya usted a indagar la razón— solía tomar a los tales por banastas de traperero, estuche de gato con botas y zurrón de lo maravilloso. Aunque quizá no anduviera tan descaminado el bueno de don Nicolás, pues en la jerga abundan los términos de origen éuskaro «y también en menor medida, los vocablos de ascendencia francesa, latina, catalana, griega, sánscrita, arábiga, portuguesa y bretona» (5). Los vizcaínos —según reconoce el maccarthiano historiador V. de la Fuente— eran además los únicos españoles que podían tratar de tú a los lerenses en esto de la cantería (6).

Morillas pertenece a la provincia de Pontevedra. En ella —y sobre todo en Caldas de Rey y el valle de Cuntis— se encuentra el foco difusor del *verbo das arginas*, que algunos prefieren llamar *monserga* (7). Asegura Ballesteros Curiel que más de veinte mil gallegos, sin contar a (8) leoneses y asturianos, conocían la jerigonza en 1919. Nadie, que yo sepa, se ha preocupado de poner al día este censo. Los picapedreros de Pontevedra siguen siendo los más hábiles de Galicia. Muchos residen en Santiago, ciudad «donde nunca han dejado de tener trabajo los canteros y albañiles» (9). Entre los cuales, además, «se ha observado cierta especie de masonería. Sin que sepan los otros lo que están diciendo, se apoyan mutuamente y se recomiendan y favorecen de un modo muy marcado» (10). Reza, en gallego, un refrán lerense: *sete xastres fan un home, | sete peneireiros outro, | un cantero home e medio | e pra dous, fálvalle poco*. Y otro, en castellano: *los canteros valen oro, | los carpinteros la plata, | cesteros y zapateros | es moneda que no pasa* (11).

Ningún indicio, sin embargo, autoriza a pensar que el *verbo das arginas* se inventó en Galicia y menos aún en Pontevedra. Consta que es muy antiguo y que todas las jergas de mester localizadas hasta ahora en la península le deben algo (12), pero el análisis lexicológico obliga a buscarle coordenadas lingüísticas aún más amplias. La *monserga* no nació en sus baluartes históricos: *llegó a ellos...* Y entonces, ¿quién la trajo?, ¿de dónde vino?. Ballesteros Curiel, único investigador al que cabría tildar de *relativo* especialista en este asunto, formula hipótesis tan audaces que casi suenan a insolencia. «Aún hoy —dice— se ignora quienes fueron los primitivos pobladores de España [...] Los últimos descubrimientos han probado la existencia de una raza antiquísima que tallaba la piedra y trabajaba el bronce [...] ¿Será una ligereza suponer que el *verbo das arginas* procede de ella? (13). Y, resucitando a Estrabón (la única agarradera firme que

tenemos para bucear en nuestra cuna), califica de vasco-íbera a dicha raza, la asienta en Galicia, la supone posteriormente aherrojada o desterrada por otros grupos étnicos y concluye que en tanto se borraban sus instituciones, «una colectividad o asociación recogió aquel idioma antiguo [...] para transmitirnos misteriosamente el secreto de la piedra» (14).

Si abuso de las citas es para que no se me imputen exageraciones en terreno tan abonado a ellas. Recaiga la responsabilidad (o el coraje) en otras espaldas. Por lo demás, evidentes barreras cronológicas me han impedido estrechar lazos con el señor Ballesteros Curiel. Ignoro, pues, si este individuo gustaba de evocar espíritus con un velador de tres patas o tenía la costumbre de taconear vestido de blanco por los cementerios. Más bien parece sensato filólogo de provincia adscrito a la escuela pidaliana. Tampoco veo a Estrabón pisaverdeando entre grimorios y jorguinias.

Como diría nuestro erudito: ¿será ligereza suponer que el arte de la cantería nace en las estribaciones pirenaicas y desde ellas, a lo largo de un eje que *grosso modo* se hará jacobeo, avanza lentamente hacia una tierra de promisión —Galicia— en donde echa espectaculares raíces y alcanza definitivo desarrollo?. Esta hipótesis tiene la ventaja de conciliar los requerimientos de la cordura, los datos de la historia y las creencias de la mitología.

Es lógico que surjan artesanos de la piedra en lugares donde piedra hay para dar y tomar; y lo es también el que esos artesanos emigren en busca de aglomeraciones demográficas necesitadas de arquitectura civil y religiosa. De nada sirven los materiales de construcción o la habilidad en manejarlos sin príncipes que levanten castillos, obispos que deseen iglesias, burgueses que demanden techo o vehículos que exijan calzadas. En una palabra: enclaves urbanos. No podía haberlos —y no los hubo— en aquella glacial, salvaje y escabrosa cordillera. Pero, ¿y en Galicia? ¿Por qué el éxodo se detuvo allí?. Los espíritus pedestres disponen de un argumento asombrosamente razonable: el mar. Y no un mar cualquiera, sino el Tenebroso por antonomasia.

Por lo que hace a la historia, es evidente que la ruta en cuestión corre paralela a la seguida por el arte románico en particular y por las líneas de fuerza de una determinada cultura (francesa, germánica y mediterránea) en general. Tan trillado por canteros parecía estar ya en la Alta Edad Media ese camino que la arquitectura cristiana ni siquiera hizo por hurtarse a él. En sus flujos y reflujos, yéndonos más atrás, sugiere Charpentier que pudo aprender Europa a utilizar el mortero (15). Este invento romano permitía construir bóvedas. Tras ellas vino todo lo demás.

Mitológicamente, el tránsito de los canteros pirenaicos hacia el finisterre armoniza el Jacques de los compag-

(5) *id.*, y Ballesteros Curiel, J., *op. cit.*, págs. 49 y 50.

(6) Fuente, Vicente de la.— *Historia de las sociedades secretas, antiguas y modernas en España y especialmente de la francmasonería*, s.f., t. 1º, pág. 39.

(7) Ballesteros Curiel, *op. cit.*, pág. 46.

(8) Ballesteros Curiel, *op. cit.*

(9) V. de la Fuente, *op. cit.*, t. 1º, pág. 39.

(10) V. de la Fuente, *op. cit.*

(11) Lis Quiben, Víctor.— *La medicina popular en Galicia*, Pontevedra, 1949.

(12) Ballesteros Curiel, *op. cit.*, págs. 40 y 41.

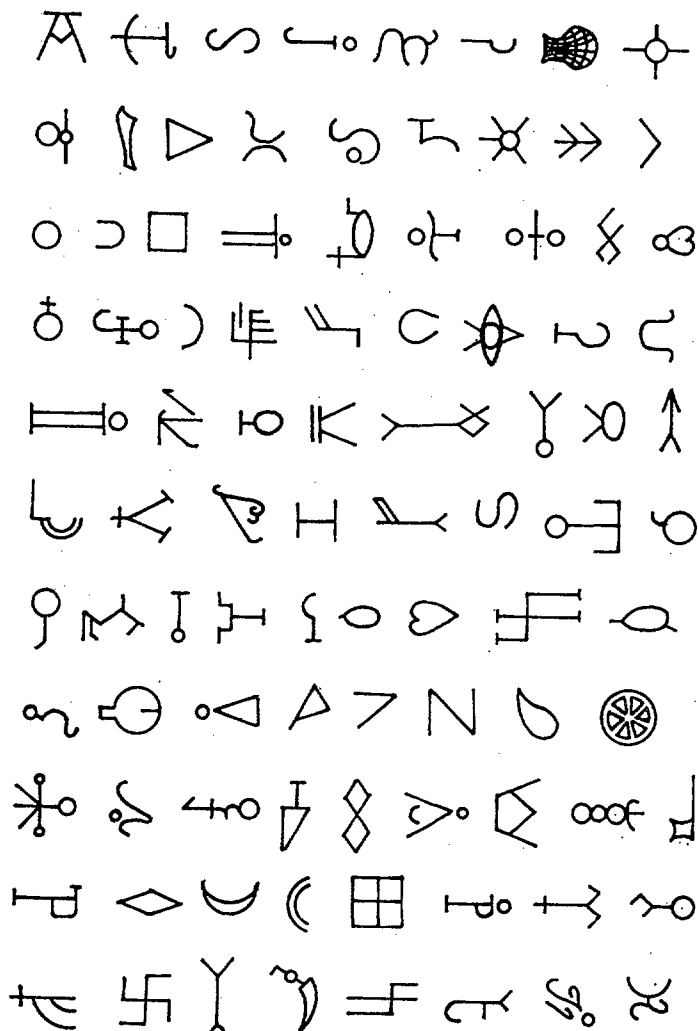
(13) *id.*, págs. 129 y 130.

(14) *id.*, págs. 40 y 41.

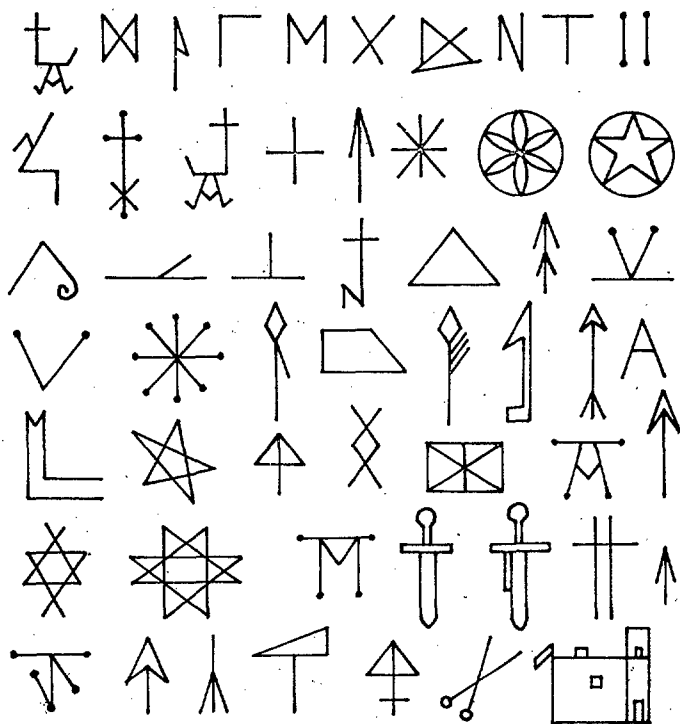
(15) Charpentier, Louis.— *Les Jacques et le mystère de Compostelle*, Paris 1971, pág. 137.



Marcas de pedrero. Monasterio de Rueda.



Marcas de pedrero. Castillo de Monterral



Marcas de pedrero. Bayona de Miño - Orense -



Marcas de pedrero. San Juan de los Reyes. Toledo



nonnages con el Yago de Compostela, la pata de oca de los *agotes* con el crisma de los cristianos, el *perpetuum mobile* de Jerusalén con el cauto sedentarismo de Roma, la altiva apuesta salomónica con la efectiva construcción de un Templo capaz de acoger sin cicaterías ni partidismos a cuantos se profesan sedientos de espiritualidad.

Pero la hipótesis también se apoya en argumentos menos abstractos y ambiciosos.

Dijimos que sólo los canteros de Vizcaya igualaban y aún superaban a los gallegos en el ejercicio de un arte cuyos polos españoles coinciden con los dos extremos del cantábrico. En realidad, y por lo que hace a su núcleo más oriental, los artesanos de mayor prestigio no venían (ni vienen) de Vasconia, sino del minúsculo valle santanderino de Trasmiera. Donde, por cierto, iba a acuñarse otra algarabía para uso exclusivo de *alarifes*, *maestros*, *compañeros* y *neófitos*: la *pantoja* (16).

Prez de esa comarca, y de aquél gremio, fué nada menos que Juan de Herrera, el enigmático (y emblemático) autor del monasterio escurialense. ¿Por qué Antonio Machado lo imagina masón, por persona interpuesta, en su controvertido elogio al *joven meditador José Ortega y Gasset*? «Coronente, dilecto / de Sofía arquitecto. / Cincel, martillo y piedra / y masones te sirvan; las montañas / del Guadarrama frío / te brinden el azul de sus entrañas, / meditador de otro Escorial sombrío». Intuiciones de poeta... Juan de Arfe, en una octava no tan ambagiosa, diría «Más otro sucedió, y tomó la mano / no menos que el hoy célebre arquitecto. / Este fué Juan de Herrera, trasmerano» (17). Y de la Villa de Camargo, a mayor abundamiento.

Por extraño que pueda parecer no escaseaban los títulos y timbres de nobleza entre aquellos obreros manuales. Suele citarse el caso de Juan González de Acebedo, que tuvo dos hijos Presidentes del Consejo de Castilla, un tercero Merino Mayor del Valle y el benjamín ascendido a gobernador del Principado de Asturias. Los cuatro pusieron el mingo en los Santos Lugares e intervinieron como puntas de lanza en más de una orden militar (18). Estirpes así no se han agotado, pero malviven y poco a poco degeneran en la cazorra España de hoy, cuyos habitantes ha mucho que prefirieron la vergüenza barata del plástico a la eternidad y hermosura de la piedra. Dudoso negocio. Los maestros trasmeranos — a la fuerza ahorcan — están volviendo al camino, aunque no precisamente como romeros del Apóstol. Bastantes hay ya instalados en la América británica, que no les regatea bloques de granito ni libertad de inspiración (19). Cuchi-cheos en *pantoja* galvanizan las canteras gringas, mientras nuevas generaciones de cincel y martillo — criadas con habichuelas dulces — se disponen a salvar los últimos pelos del lobo. ¿Benedicirá alguien lo que Machado hubiera definido *luterana prole*? España, sea como fuere, pierde otra verdad y otro bocado de aquél famoso patrimonio que la retórica de los gobiernos y la voracidad de unos empresarios con patente para desmanes ha reduci-

do a la patética condición de esqueleto enjabelgado. Mejor. Al hoyo con los cadáveres de esta península maldita. Dése tierra sin titubeos al ángel de las alas rotas. *Don't they kill horses?*

El verbo *das arginas* y la *pantoja* son las germanías de gremio más ricas y más antiguas, pero no las únicas que en estado comatoso aún se tartajan por las estribaciones del Cantábrico. Los tejeros, canteros (u *orguinos*) y *goxeros* asturianos conservan en su almarío (y en sus bocas) la *xiriga*, tan castiza que ya el poeta clerizángano del *Libro de Alexandre* hubo de dedicarle medio tetrástrofo hilvanado con el vidrioso español y remisa ortografía del *duecento*: «este girgonz que traen por las tierras e por calles / non se contrabandícos entre los menestrales / » (20). Los *goxeros* o hacedores de banastas proceden de los valles de Peñamellera y sólo transmiten su algarabía a los aprendices. Los tejeros o *tamargos*, menos desconfiados y casi siempre oriundos de Llanes rara vez ponen trabas a la curiosidad del filólogo. Aún hoy, o anoche, «algunas casas comerciales fundadas en México por personas del Oriente asturiano exigen a sus vendedores llaniscos que sepan la *xiriga*» (21). Acaso no es la primera vez que este dialecto cruza los mares.

En Miranda, a muy pocos kilómetros de Avilés, los caldereros no han olvidado el *bron* de sus mayores. ¿Alude ese ronco monosílabo al material que tales artesanos reservan para sus obras más bellas o se trata, como algunos investigadores aseveran, de una clave cronológica referida nada menos que a la Edad del Bronce? Dicho de otro forma: ¿vinieron los caldereros con los celtas y traían ya, o forjaron entonces, esta germanía inextricable? Sus voces nos devuelven al Génesis, a la estirpe de Caín, a los herreros y alquimistas, a los secuaces de Kali y en definitiva a los gitanos, que con tanto celo preservan su caló. Pero el tema excede aquí al ámbito de los oficios, vuela, es ya asunto de raza, exige un capítulo aparte...

¿Dónde queda el román paladino? ¿Dónde el éuskarro y el gallego? ¿Dónde los dialectos lerdos de la plebe: el baturro, el ribereño, la galiparla, el pejino, el bable, el sayagüés...? Farfolla, guirigay y trápala, frufnú con el cual suele el pueblo hablar a su vecino. Y vehículos para la verdad de los porqueros. La otra, la de los agamenones, pide claves, jeroglíficos, recodos, aduanas, adverbios disfrazados de nombres propios, sílabas heridas, géneros epicenos, sinécdoques que son metonimia de una prolepsis, irrepetibles trampantojos de sibilantes y guturales, haches parlanchinas, iotacismos, triptongos gangosos, ultracorrecciones cacofónicas y paronomásticas ortoépicamente pronunciadas con zozas apofonías que acurrándose no hacen sino elidir predorsales licuantes e implisivas con la sola finalidad de sincopar la sobresdrújula al quiebro articulatorio del fonetismo sandungueramente interdental proferido con húmeda lasitud por una experta lengua de trapo. Así los ciegos en general (22) (Sábato sabe), los cesteiros de Mondariz, los tejeros de Tomiño (que hablan la *jalleira*), los barquilleros de Parada del Sil,

(16) Sojo y Lomba, Fermín.— *Los maestros canteros de Trasmiera*, Madrid, 1935, pág. 10.

(17) *id.* pág. 13.

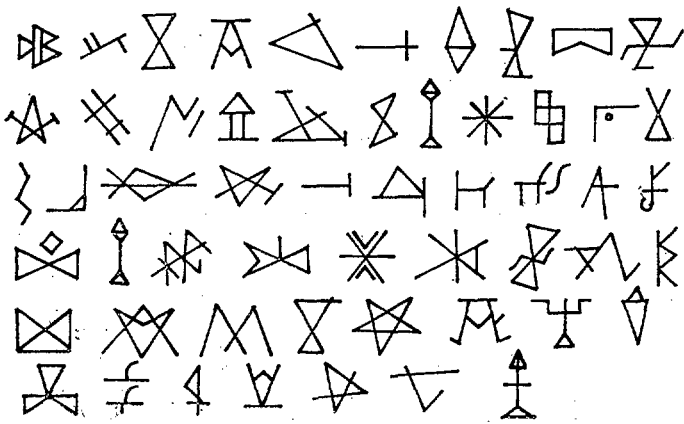
(18) *id.* pág. 19.

(19) *id.* pág. 120.

(20) Llano Roza de Ampudia, Aurelio.— «*Dialectos jergales asturianos - Vocabulario de la xiriga y el bron*», Oviedo, 1921.

(21) Llano Roza de Ampudia, *op. cit.*

(22) Ballesteros Curiel, *op. cit.*, pág. 132.



Marcas de Pedrero. San Juan de los Reyes. Toledo.

los afiladores que todavía anuncian su presencia soplando (como los pastores albaneses) en la flauta pánica de diez notas y los mil y un gremios ambulantes cuyos miembros, año tras año, se lanzan a España y al mundo desde los municipios aurienses de Nogueira de Ramoin, Pereiro de Aguión, Paderne, Esgos y Macáda (23). Todos ellos, y aun otros, se entienden en *barallete*, indiscutida lengua franca de quienes ejerciendo un oficio no desean o envidian clientela fija, sino estar a la que salga. Son paragueros, sogueros, cedaceros, buhoneros, cesteros, segadores, churreros, músicos, heladeros, cordoneros, pañeros, «naceiros, xabarreadores, arreadores, viveleiros, gobernadores, xingreiros, follateiros y sus guezos y mutilos, además de los que viven de la caridad pública, como los bornas y panarras, y de quienes como los lapetas disponen sin empacho de los bienes ajenos» (24). ¿Lapetas, bornas, panarras, guezos y mutilos? ¿Quién da razón de estos voquibles, escritos (o impresos) en 1953? Sólo del tercero hace mención el diccionario: *panarra vale por individuo cándido y perezoso*. Cabe suponer a *lapeta* trivialización de *lapita*, aunque resultaría más bien arduo establecer conexiones semánticas entre los rateros de la provincia de Orense y los invictos rivales de los centauros. Confieso mi ignorancia respecto a las demás voces transcritas en cursiva. Y mi curiosidad, que acaso alguien pueda resolver. Pero una y otra carecen aquí de importancia. La tiene, en cambio, constatar en qué medida y cuán poco tiempo puede empobrecerse la nómina de un país cuyos pícaros y artesanos ambulantes se dejan guindar por el señuelo del salario fijo, mínimo, vital, con escala móvil y etcétera. Ya nuestro país adelante, ya tenemos millones de proletarios adscritos a la gleba de la urbe. Los nómadas aventureros y venturosos de un pasado aún presente son ahora sedentarios obreritos con televisión, butaca de skay para saborear los programas, zapateros que desde el aparato se le brindan y ratonera facilitada por el Ministerio de la Vivienda en algún azufroso punto de los barrios periféricos. O bien —lo que casi asusta más— emigrantes que viajan a campos yertos de la yerta Europa industrializada para regresar un lustro después, por la Virgen, a Morón de la Frontera y airear en el café de la plaza un mechero electrónico y dos pares de calzoncillos *for executive* imitando piel de leopardo. Nómadas y emigrantes o la cochambre que va de ayer a hoy... Con espanto me entero de que en los macizos argentinos del Hoggar y el Tassili, relativamente cerca de la

(23) Ramón y Fernández Oxea, José. — *O barallete (jerga de los oficios ambulantes de la provincia de Orense)*, en Revista de Dialectología y Tradiciones Populares, t. IX, cuad. 1º y 2º, 1965, pág. 185.

(24) *id.* págs. 188 y 189.

ciudad donde en estos momentos le doy a la máquina, varias tribus de tuaregs han decidido autoextinguirse por el drástico sistema de la abstención sexual. Vivir (o sea: caminar y comerciar) les parece absurdo en el contexto de un Sáhara surcado por camiones diesel. Tuvieron abuelos, pero no tendrán nietos. Lo de creced y multiplicaos, se conoce, es derecho exclusivo de quienes ceden al chantaje de la sociedad tecnológica. Ese futuro ya ha comenzado. Y no trae el corazón antiguo que cierto escritor le imaginara. Hace unos años yo mismo vi centenares de camellos muertos en la desolación sin orillas del Sahel. ¿Por la sequía? Sí, por todas las sequías...

El *barallete* es o fue esperanto jacobeo, cenismo de babel, germanía de patriarcas, truhanes, ribaldos, lapetas, peregrinos, pecadoras y macarras. Pero que nadie lo confunda con un argot de cautiverio y malandrines. «Su uso —dice el erudito o curioso que con más ahínco se adentró por él— corresponde exclusivamente a los iniciados [...] a quienes se ganan la confianza de *xabarreadores* y gobernadores. Poner este instrumento de relación en manos ajenas equivale a traicionar las leyes de *a parafusa*. Eso lo inutilizaría de cara al futuro [...] Los vendedores ambulantes suelen lanzar a los profanos tremendas maldiciones en *barallete* (25).

Junto a él, la *pantoja*, el *bron*, la *xiriga*, el *verbo das arginas*... Como Clemente XII, también yo creo que sólo recurre al sigilo quien desea esconder algo. ¿Gremios que dedican sus horas libres a la gaya invención de lenguajes cifrados? ¡Prodigioso desatino! Ni los albañiles del Bernabeu ni los picapedreros del Valle de los Caídos ni los trabajadores de los Altos Hornos, ni los mecánicos de la Pegaso han sentido hasta ahora la necesidad de reunirse los fines de semana para jugar a guardias y ladrones. La razón es obvia: hoy todo el mundo puede conocer los llamados *secretos del oficio*. Incluso existen universidades laborales, escuelas de adiestramiento y demás coñas franquistoides. El sistema tradicional de maestros y aprendices se ha derrumbado y, con él, los artesanos han perdido sus señas de identidad. O sea: la conciencia. *No saben lo que son*. Ni podrán saberlo dentro de un mecanismo industrial que con tanto encono separa al hombre del fruto de su trabajo. El menestral hacía *obras*. El proletario fabrica *objetos*. Hoy, en época de gregarismos, se fundan sindicatos. Ayer, en trance de individualidades, bastaba la reserva mental para enfrentarse con éxito a las agresiones de la sociedad. Suena casi a herejía sostener que los gremios resultaban invulnerables gracias a la vocación aristocrática de quienes en ellos se inscribían. De todos: los adeptos y los neófitos. Había conciencia de clan, que no de clase, y el prójimo allá se las entienda. ¿Puede compararse la autoridad de un *maestro* a la de un profesor o jefe, la obediencia de un *aprendiz* a la de un alumno u oficial? Aquellos artesanos eran grandes señores, mientras sus descendientes no pasan de galopines. Había truco, claro, pero muy sencillo. Se cifraba en transmitir *iniciáticamente* unos saberes enseñados o adquiridos en la *noche oscura* de la humanidad. Los secretos de la piedra, del hierro, del bronce: ¿no son las edades en que suele dividirse la prehistoria? O dicho de forma menos mostrenca: los respectivos instrumentos de las tres únicas revoluciones absolutas organizadas por el *homo sapiens*...

(25) *id.*, pág. 190.